

VISPERAS DEL PROCESO DEL SIGLO

DALLAS story

(El misterio de la muerte de Kennedy)

El periodista francés Alain Ayache ha comprobado en Dallas que la versión de la policía acerca del magnicidio de noviembre no concuerda con los hechos. La ventana del quinto piso de la «Dallas School» no era el lugar más indicado para disparar contra el Presidente Kennedy porque un árbol cubre treinta y cinco metros del campo de tiro. Por otra parte, Oswald había comprado el arma nueve meses antes del crimen, cuando aún no se sabía que el Presidente pensaba visitar Dallas, y cuando realizó el viaje a Méjico para solicitar un visado soviético todavía no se había anunciado aquella visita. A través de una serie de rigurosos razonamientos, Ayache llega a la conclusión de que Oswald no fue el asesino de Kennedy; era inocente y se le hizo desaparecer para que no hablara. Esta hipótesis circula ya ampliamente por los Estados Unidos. La opinión pública ha terminado por descartar las primeras versiones del suceso, avaladas por la policía de Dallas, sobre la cual, paradójicamente, se vuelcan ahora todas las sospechas. Ayache, en este segundo capítulo, nos da cuenta con todo detalle de los nuevos e interesantísimos aspectos de su exhaustiva encuesta.

2 A

En el mismo edificio de la «Dallas County Criminal Courts» (arriba) se encuentran el despacho del «sheriff», el Tribunal y la prisión donde Ruby aguarda el comienzo del proceso, tras haber asesinado en uno de los locales de este mismo edificio a Lee Oswald. A la izquierda, vemos a Bill Decker, el «sheriff», que en Dallas es un personaje temido. En la pared de su despacho figuran, como puede observarse, decenas de fotografías de agentes dedicadas a Decker calificándole de «rey de los «sheriffs», «el más eficaz», «el más digno de confianza». A la derecha, Eva Grant, hermana de Ruby, entra en la prisión. Su acompañante es obligado a entregar su pistola.

BILL DECKER
SHERIFF

S COUNTY CRIMINAL COURT



SI VIVE RUBY EN LA PRISION

BURLAR al «sheriff» es, en Dallas, tarea difícil. De donde se sigue que toda empresa encaminada a descubrir la verdad de la tragedia del 22 de noviembre más allá de las mixtificaciones que la envuelven desde la primera declaración de la policía local, entraña multitud de problemas, algunos insolubles, y además un sinfín de riesgos.

He realizado mi encuesta al margen, naturalmente, tanto de William Decker como de cuantos encarnan el poder en las diversas esferas de la vida pública en Dallas. De no abandonar el curso marcado por ellos, tendría que haberme conformado con la versión oficial de los hechos, traicionando la objetividad de mi investigación y desoyendo todas las hipótesis —incluso las que presentan una más rotunda verosimilitud— que circulan a lo largo y lo ancho de los Estados Unidos.

La independencia que ha caracterizado mi trabajo no se ha visto afectada —quiero **SIGUE**



DALLAS story

Tres celdas
para él solo y un
poco de paz para escribir
sus Memorias.



El asesinato
de Oswald sigue
recibiendo en la cárcel
centenares de cartas
felicitándole por su
"heroico acto".



A Bill Decker
sus agentes le llaman:
"El rey de los sheriffs",
"el más eficaz", "el
más digno de confianza".

En la prisión de Dallas reina una temperatura asfixiante y se respira un fuerte olor a ozono. Las puertas se abren por medio de un mecanismo perfectamente controlado. Los vigilantes observan permanentemente, a través de un circuito de televisión, los movimientos de los presos.

dejarlo claro— por los contactos establecidos con los protagonistas «oficiales» de la historia; con Bill Decker, por ejemplo. Una información exhaustiva acerca del caso exigía estos «cara a cara».

"white men"

El «sheriff» Decker es, en la ciudad, un personaje. En cuanto se arriba a Dallas, todo el mundo coincide en la indicación: «Para eso, vaya usted a ver a Bill». «Eso» puede ser cualquier cosa, desde una denuncia hasta una orientación.

Su despacho se encuentra en el edificio del Tribunal Criminal de Dallas, muy cerca de la esquina donde Kennedy fue asesinado.

Cuando empuja la puerta puedo ver ante mí, al fondo del vestíbulo, una serie de bancos de madera donde aguardan sentados numerosos hombres y mujeres de condición modesta.

Esperan la hora de visita a la cárcel. De vez en cuando, uno de ellos se levanta, deposita una moneda en una máquina automática, instalada en un rincón, y extrae una botella de coca-cola.

A la derecha, una escalera desciende hasta los lavabos. Sobre sus puertas, en lugar de la fórmula habitual «Caballeros», «Señoras», campea un letrero que reza: «White men». Hombres blancos. Aquí, en la sudista Tejas —con todo lo que el término sudista implica en U. S. A.—, no hay que olvidar en ningún momento esta implacable discriminación, sobre todo al llevar a cabo el análisis del reciente magnicidio, porque constituye sin duda un factor indispensable en el contexto del «affaire».

Busco el despacho del «sheriff» a través de un pasillo que se abre a la izquierda. Es un recinto amplio, con las paredes cubiertas de fotografías de agentes, casi todas ellas dedicadas a Decker, calificándole de «el rey de los «sheriffs», «el más eficaz», «el más digno de confianza», «el más concienzudo». Curiosa paradoja en el corazón mismo de este confuso caso.

Se entra en el despacho como en un mercado. Aguardan la llegada del «sheriff» una docena de hombres, con amplios sombreros hundidos sobre sus cabezas, y un cigarro puro en la boca. Uno recibe la impresión de que Tejas no ha cambiado desde los tiempos de la conquista del «Far

West», aunque sus gentes ya no aten su caballo a las anillas incrustadas en las fachadas. Pero todos portan, probablemente, el «colt» cargado en el bolsillo interior.

Llega Decker. Nadie se levanta; nadie se descubre. El «sheriff» tampoco.

—Este hombre quiere hablar contigo, Bill.

—Usted dirá, amigo.

Tengo la impresión de encontrarme dentro de un «western» de Tom Mix o de Wallace Beery.

—Quisiera que me diese noticias de Ruby...

Se echa hacia atrás. Sonríe, se coloca el sombrero y empieza a hablar.

ruby recibe cheques de sus admiradores

—Mire usted, Ruby está muy bien. Perfectamente. No necesita nada. Le voy a decir lo que comió el domingo. Para almorzar, copos de maíz, crema de chocolate, una manzana asada y tostadas. Luego pidió un té en lugar de un café y ordené que se lo dieran. No es ningún favor, sino su derecho. Al mediodía tomó jamón asado con salsa de mostaza, patatas al horno con mantequilla y un helado de vainilla. Por la noche, unas tortas, crema helada y un té. Además, puedo asegurarle que tiene buen apetito y no pasa hambre.

Quedo convencido de esta última consideración. No necesito más pruebas.

—¿Y cómo está vestido?

—Como todos los prisioneros, con un uniforme blanco.

—¿Le tienen incomunicado?

—Sí, está solo en un conjunto de tres celdas, donde normalmente debe haber seis prisioneros. Y le juro que vive mucho más tranquilo que yo. Se levanta a las siete. Se afeita, bajo la vigilancia de dos guardianes que le retiran la navaja en cuanto termina. Luego lee la correspondencia, pues recibe centenares de cartas felicitándole por haber suprimido a Oswald, así como cuantiosos cheques. Y el resto del tiempo lo dedica a escribir sus Memorias.

A mí, en realidad, lo que hace Ruby en su celda no me interesa demasiado y supongo que a ustedes tampoco. Lo que sí me gustaría saber es quién le dio la orden de matar a Oswald, y por qué consiguió coaccionarle para que lo hiciera. Pero, esto, ¿va a decírmelo el «sheriff» Decker?

—Yo de eso no sé nada, ni quiero saberlo —y se encoge de hombros—. Seguramente es un buen patriota que se indignó por el asesinato del Presidente.

Claro que quien menos se cree esto es el propio Decker. Estiro la conversación, en la esperanza de lograr algún dato, una información interesante.

—¿Cómo está de ánimo?

—Perfectamente. Sólo le preocupa que sus amigos le abandonen.

Lo que, pienso, es muy natural.

—¿Quién le visita?

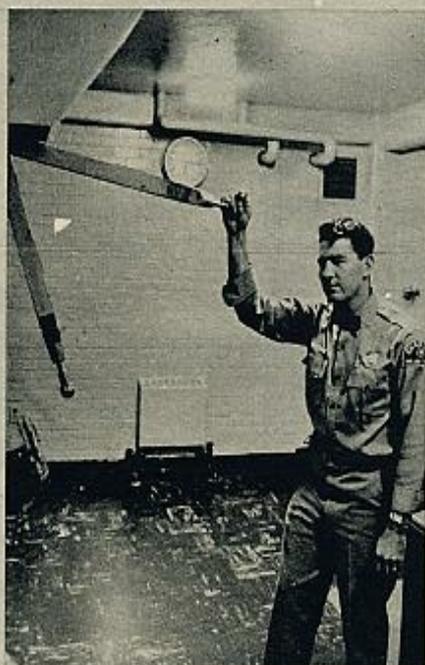
—Sólo su abogado y su hermana Eva Grant.

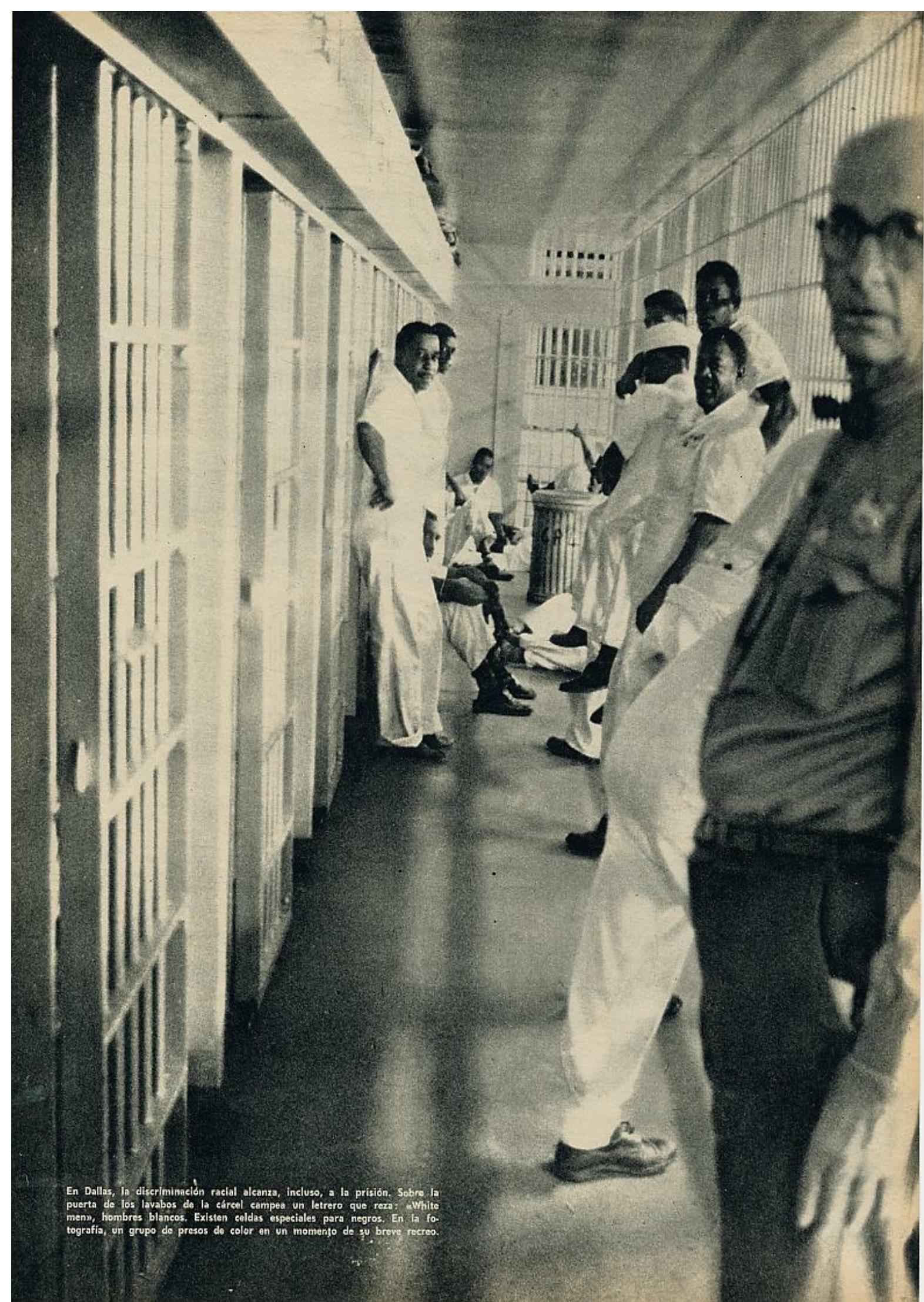
—Me gustaría charlar con él —le pido.

—Oiga, ¿me ha tomado usted por un loco?

Se encoleriza. ¿Qué puedo hacer frente a este hombre tan sincero en apariencia? ¿Preguntarle si ha sido él el responsable de las muertes de Kennedy y Oswald? ¿O si ha sido Jess Curry, el jefe de la policía local? ¿O el F. B. I. mismo? Sobre estas hipótesis se especula —en voz baja, desde luego— en los más diversos medios de Dallas, y abiertamente en todos los Estados Unidos.

SIGUE





En Dallas, la discriminación racial alcanza, incluso, a la prisión. Sobre la puerta de los lavabos de la cárcel campea un letrero que reza: «White men», hombres blancos. Existen celdas especiales para negros. En la fotografía, un grupo de presos de color en un momento de su breve recreo.



El proceso ya está próximo y el fiscal Henry Wade —a la izquierda— prepara su intervención. A la derecha, la hermana de Ruby, Eva Grant, que últimamente ha



En cualquier caso, el «sheriff» Decker no parece pensar en dimitir; por el contrario, está muy satisfecho de sí mismo.

la increíble prisión

Recorro ahora la cárcel, piso por piso. Las celdas se alinean a lo largo de un ancho pasillo. Un guardián observa en la pantalla de un televisor ultramoderno las idas y venidas de los presos. Compruebo la impecable indumentaria de los vigilantes, que se mueven atentos de un lado a otro. El ascensor se halla al cuidado de un guardián que llama a Decker —porque me acompaña el «sheriff»— «boss», es decir, jefe.

Temperatura asfixiante, aire acondicionado, fuerte olor nauseabundo a ozono, limpieza imaculada.

Me detengo ante un grupo de presos, al otro lado de la reja. Me insultan, me dicen obscenidades y algunos me piden cigarrillos.

Seguimos. Hay una zona exclusivamente reservada a los negros. Subimos al quinto piso. Sorpresa. El fondo de una de las celdas queda precisamente frente al edificio desde donde se

DALLAS

story



venido regentando uno de sus cabarets y es conocida en Dallas por «La Llorona». Eva se negó a conversar con Ayache y, enfurecida, terminó —abajo— burlándose de él.

disparó contra Kennedy. ¿Habrán salido los tiros por esta ventana?

La visita ha concluido.

eva, "la llorona"

Ya en la calle, se me acerca un hombre de pequeña estatura, vestido de uniforme.

—¿Le gustaría ver a Eva Grant?

Eva es la hermana de Ruby. La mujer que dirigía el «Vegas Club», uno de los cabarets del asesino de Oswald. Es conocida en Dallas por el sobrenombre de «La Llorona».

Ya estoy con ella. Le va bien el mote. Pero es inútil preguntar. No dice nada; no dirá nada. Es una mujer de facciones duras, glaciales. Hay que jugar al escondite para conseguir fotografiarla. Finalmente, le da un ataque nervioso, me arrebata la máquina y me la estrella contra el suelo.

Insisto con la otra máquina. Eva comienza a insultarme, se burla de mí, me amenaza con el puño. Eva «La Llorona».

La dejo en plena crisis histérica. Trataré de hablar con Tom Howard, el abogado de Ruby.

En Dallas, para hablar con Howard, no hay más que ir al «Carrousel», el cabaret de Ruby

ya mundialmente conocido, donde siempre tiene reservada una mesa.

—Howard —me ha dicho alguien— es un tipo que sólo puede darse aquí. Para él sólo cuentan los dólares. En Tejas, es el único que no entiende de discriminaciones. En su opinión, lo mismo son los blancos que los negros... siempre que paguen, claro. ¿Sabe usted cómo ha hecho su fortuna? En relación con los agentes de policía, que perciben de él el 25 por 100 de los honorarios por cada caso que le faciliten. Así es Howard.

Y así es Tejas.

ruby, loco

No he necesitado entrar en el «Carrousel» para conocer a Howard. Lo he encontrado en su despacho, rodeado de cuatro de sus hombres. El es el único que se toca con un amplio sombrero tejano, símbolo del sudismo, en su auténtica —y yo diría también siniestra— significación. Con Howard, el diálogo tiene que ser directo. Ataca.

—Ruby es inocente.

—¿Usted lo cree realmente?

—No. Pero ha matado para vengar al Presidente.

—Creo que ha declarado usted que Ruby había actuado bajo el efecto de un ataque de locura.

—No hay en ello nada grave. Pienso que este medio de defensa es el mejor.

Pero sus cambios de táctica van a perjudicar a su cliente.

—En absoluto. He defendido en mi carrera a más de cincuenta delincuentes que iban directamente a la silla eléctrica. Y los he salvado. A Ruby lo pondré en libertad en seguida, ya lo verá.

Howard es tan vanidoso como un pavo real. Se escucha a sí mismo, se recrea en sus propias palabras, persigue con avidez toda clase de publicidad.

—Oiga, amigo. ¿Por qué no organiza usted algo gordo en Europa? Ruby es una buena persona. Se lo merece. Es posible que haya tirado sobre Oswald en un ataque de locura. Es posible que haya querido vengar a Kennedy... Pero, ¿qué importa ya? Es un buen hombre que sólo aspira a salir de su encierro para dedicarse a sus cosas sin meterse en donde no le llaman.

todos en el saco

Para ser sincero diré que me ha extrañado que Tom Howard no tenga sobre la mesa de su despacho una botella de «whisky». Es **SIGUE**

DALLAS story

HOWARD, el hombre
que preferiría olvidar su pasado:

★ Paga un 25 por ciento
de su minuta a los agentes
de policía que le
proporcionan "clientes".

★ Está casado con una
asesina, a la que libró de la
silla eléctrica.

★ Ahora tiene una mesa
permanentemente reservada
en el cabaret de Jack Ruby.



A Howard, abogado de Ruby, no es difícil hallarle. Tiene siempre reservada una mesa en el «Carrousel». Howard ha salvado de la silla eléctrica a más de cincuenta delincuentes y espera poner a Ruby en la calle en seguida. «Aquí los tengo a todos en el saco y, además, conozco sus debilidades», declaró al periodista.



el típico abogado astuto y retorcido, habituado a las artimañas leguleyas de su Estado. Ahora se sabe importante —es la cuarta celebridad de U. S. A. por el momento— y trata de sacar todo el partido que la popularidad pueda ofrecerle. Tom y Ruby se conocen desde hace mucho tiempo. Condenado ocho veces a penas de cárcel desde los tiempos «heroicos» de Chicago, ex colaborador de la banda de Al Capone, Ruby ha elegido siempre a Howard como defensor. Y Tom le ha sacado de todos los apuros.

—Se lo diré en secreto. Aquí los tengo a todos en el saco. Los conozco desde hace mucho tiempo. Sé cuáles son sus debilidades y sus manías. Ruby saldrá a la calle.

Entran varios clientes. Me aparto un poco de su mesa, pero estoy dispuesto a no marcharme todavía. Noto que Tom se pone un poco nervioso.

El abogado regala cigarros puros, da fuertes palmadas en la espalda de sus visitantes, estrecha apretadamente su mano. De pronto, se me ocurre sugerirle algo.

—No comprendo cómo un hombre tan popular en Dallas, como usted, no haya pensado nunca en dedicarse a la política —digo.

—No tengo ninguna gana de hacerlo —me replica—. No quiero salir de Dallas. Aquí me siento bien.

Vuelve a sus asuntos. Entre tanto, recuerdo lo que he conseguido averiguar antes de conocerle. Expulsado del Colegio de Abogados de Dallas, tras haber sido arrestado por gritar «inconveniencias» en la Audiencia, regentó un «cabaret» durante seis meses. Tornó luego a la profesión, siendo nuevamente expulsado por no ha-

ber pagado los impuestos. Más adelante, otra vez en activo, fue duramente amonestado por el Colegio bajo el reproche de «haber hablado demasiado con los periodistas».

Antes de despedirme, le digo:

—Quisiera verle en su domicilio.

—Lo siento. No pienso darle mi dirección.

Insistir es inútil. Un hombre con una carrera tan «accidentada» no está dispuesto a ceder después de la primera y rotunda negativa.

un número interesante del "dallas morning"

Pero un viejo número del «Dallas Morning News» me incita a no abandonar mi propósito. Hay algo importante en el pa-

SIGUE

Esta es Betty Barry que, acusada hace años de haber asesinado a su amante «Chicken Louis», fue salvada de la pena de muerte por Tom Howard, quien posteriormente contrajo matrimonio con ella. Betty no se deja fotografiar fácilmente. Extraña coincidencia: fue también Henry Wade el fiscal de su proceso.



En el próximo número

triunfo

publicará el
CAPITULO III
de

DALLAS story

EL MERCADO DE LOS TESTIGOS



En vísperas del proceso del siglo

DALLAS STORY

El misterio de la muerte
de Kennedy en otra gran
EXCLUSIVA de

triunfo

DALLAS story

sado de Tom; algo que resultaría molesto para Howard si decidiera entrar en la política, sobre todo en Tejas, donde todo vale, por muy sucio y deshonesto que sea. Donde el hombre es, abiertamente, lobo para el hombre. Este «algo» lo he encontrado en un antiguo ejemplar del periódico. Inmediatamente he comprendido la razón de que la policía de Dallas eluda toda conversación sobre la vida privada de Howard.

A mí, hoy, me interesa contemplarla de cerca, acercarme a la intimidad del abogado y verla con mis propios ojos. De ahí que vaya, ahora, de un lado para otro, persiguiendo la dirección particular de Howard sin dar con ella.

Su secretaria me echa del antedespacho con cajas destempladas. Después me dedico a repartir dólares a diestro y siniestro —en Dallas, el dinero constituye el argumento más convincente—; hablo con Jim Martin, asesor comercial de Ruby, y más tarde con las «amigas» de éste, las vedettes Joye y Marjorie... y nada. Todo el mundo jura y perjura que desconoce el domicilio del abogado.

Por fin consigo que un agente me facilite su teléfono, tras exigirme una absoluta reserva. Y por el teléfono, trabajando horas y horas sobre la lista, descubro lo que busco: 2214 Southwood. Un barrio residencial, formado por centenares de «bungalows», a cincuenta kilómetros del centro de la ciudad.

Ya frente a la casa, decido no llamar a la puerta. Prefiero aguardar con la cámara fotográfica preparada la llegada del cartero, pues falta poco para el reparto del mediodía.

asesina de su amigo

Y el cartero llega y deposita la correspondencia en el buzón del chalet de Howard. Transcurren varios minutos que se me antojan siglos. Por fin, la puerta se abre y sale una señora joven, en pantalones. La dejo avanzar hasta el buzón y de pronto me adelanto con mi máquina y consigo tomar diez fotos antes de que pueda reaccionar. Cuando lo logra, se vuelve rápidamente y entra de nuevo en la casa.

Llamo a la puerta. Sé que va a abrirme porque teme al escándalo. Efectivamente: se asoma y sale otra vez, sin preguntarme nada. Le pido una sonrisa inútilmente. Pero se coloca en «pose» y me deja disparar la cámara. Y corre de nuevo hacia dentro, gritándose:

—Por lo que más quiera, no se lo diga a mi marido.

Bien. Esta señora que acaba de darme con la puerta en las narices es Betty Barry, que hace años, cuando acababa de cumplir veinticuatro, fue acusada del asesinato de Louis Ferandello, en Dallas Tavern Operator, un 13 de noviembre. Louis, su amante, era conocido en las casas de juego de Chicago por el nombre de Chicken Louis.

Miss Barry, que esperaba un hijo de Louis, declaró a la policía, cuando fue detenida, que había matado a su amigo porque éste le había amenazado con abandonarla. Dos días después, elegía como abogado a Tom Howard.

Tres meses más tarde comparece ante el Tribunal. El fiscal, Henry Wade, pide para ella la pena de muerte en la silla eléctrica. Pero Tom Howard está allí, con toda su habilidad, con toda su astucia, con todo su poder y sus mil trucos. Miss Barry es indultada. Y a los pocos meses se casa con su defensor.

Lo relata muy detenidamente el viejo número del «Dallas Morning News», que ayer he conseguido encontrar.

Han pasado los años. Se avecina un nuevo juicio. El acusado se llama Ruby. El fiscal, Henry Wade. El defensor, Tom Howard.

Discúlpenme si me muestro demasiado suspicaz, pero este pasado, estos datos, estas coincidencias, ¿no parecen invitarnos a reflexionar?

ALAIN AYACHE

EN EL PROXIMO NUMERO, III CAPITULO:
"EL MERCADO DE LOS TESTIGOS"